

UN MENDIGO

BRUJULEA un astro verde en donde habíamos soñado. Región fulgente y triste, mitad ceniza y arena. De espesuras y aguajes se animaron los ojos. Avanza su pobreza en el misterio del estanque inhóspito. ¡Qué cielo, qué verdín, que silbos! Cabecea el follaje entre los brazos andariegos. El ojo verde llora su desventura inopia. Imagen, jirón propio de un ser.

¡Oh, qué miseria fría en el frescor de las aguas y las hojas!

Serpentea la culebra su reposada menta. ¡Instante, luz, mirada! Ahora viene balanceando sus harapos húmedos. Púrpura verde, en ambos lados. Entra, vacía naturaleza, sueño demoníaco. Estancias, mármoles, metales. Un pájaro en lo alto, inexistente. Sombra iracunda y queja. Mucha pluma por la yerba ya vieja. La tierra que cerciora un pie de muerto.

Una flor se enajena, remota y espumosa, al mediodía.

Cabecea dudando en la vereda. Vida, como las frutas, en una estrella arbórea. Feldespatos y estroncios, hollines enjaulados, iloca araña de jerga! Tiende el follaje su ornamento. Lámparas y nostalgias en la pereza pálida. Brocados, crisantemos y patenas. ¡Velatorio lujoso, tan extraño rocío entre las hojas! Jardín de yelo al sol vastísimo.

La claridad es dura. Ay, lágrima, lágrima evaporada.

Haldea en flecos su sombra. ¡Lagarto astroso y súbito! ¡Fuego de sepulturas! Si más cerca más luce la humilde gala por la fronda. Manjares, plata y música en la habitada pérgola. Grazna con fauces lentas la penumbra. El ocio dulce, como la sombra por la nieve, pliega en frío su tristeza. ¡Bulle un agua de hambre en la incrédula boca! La mesa tiembla de cerezas brunas.

Tiende su mano nada más. Un animal fluye en la roca.

RAFAEL SOTO VERGÉS